

—¿Porque tú eres valiente? Yo tambien lo soy.

—Sois mujer.

—Y luego, añadió Juan, el espectáculo es terrible. Haced lo que queráis. Aquí os espero.

La luna consiguió en aquel momento abrirse paso por entre las nubes.

## VI.

### La fortuna de los Trelan.

La barca se alejó de la orilla impulsada por los remos que manejaban diestramente Juan y Binic.

La luz de la linterna que llevaba encendida en la proa no tardó en perderse de vista.

Nicolasa se quedó sola y en la mayor oscuridad.

Otra mujer menos valerosa que ella hubiera tenido miedo.

Un cuarto de hora despues volvió á distinguirse la luz de la linterna.

—¡Juan! ¡Binic! gritó Nicolasa.

—Nosotros somos, contestaron á la vez los dos leales servidores de Santa Gilda.

En el fondo de la barca se veía un bulto informe.

—¿Habeis encontrado lo que buscábais? preguntó la señorita Fonterose.

—Si, contestó Juan.

Binic hizo la señal de la cruz, mirando hácia

atrás como si temiera que le hubiese seguido alguien.

—Ahora, dijo Nicolasa, es preciso enterrarle en un sitio donde no pueda ser hallado. De esta manera no se confirmará la revelación de María Ana.

El espectáculo fué horrible.

De lo que habia sido Noel Trelan sólo quedaba un esqueleto descarnado y hecho pedazos.

La enorme piedra atada al saco por Pedro Kerandal habia mantenido el cadáver en el fondo del estanque.

Juan Binic y la señorita de Fonterose convinieron en el sitio en que debia ser enterrado.

El sitio elegido fué la parte mas impenetrable de las landas.

Al sacar el cadáver de la barca se rompió la tela que le envolvía, y el esqueleto quedó al descubierto, cayendo á los pies de Nicolasa un objeto, que examinado á la luz de las linternas, resultó ser un cinturón de gutapercha que habia resistido á los efectos de la destrucción.

Dentro del cinturon habia algunos billetes de Banco y un rollo de papeles.

Todo estaba intacto.

Colocaron sobre el caballo los restos mortales, después de envolverlos en la misma tela que los habia servido de mortaja, y la fúnebre comitiva se puso en marcha.

Nicolasa, que iba á pié entre Binic y Juan, que llevaba el caballo del diestro, deshizo el rollo de papeles, y examinándolos uno á uno á la luz de las linternas, vió que eran el contrato de matrimonio de Trelan, la partida de bautismo de su hija, títulos de familia muy antiguos, varias letras y un documento en que Moisés Blunner, cuya fortuna habia hecho Trelan, declaraba haber recibido de su protector un bono sobre la casa de Rothschild por valor de doscientos sesenta mil francos para emplearlos en rentas á favor de Noel Trelan.

Este documento estaba fechado el día 12 de Agosto de 1870.

Hacia esta época se habia embarcado Trelan para el Havre.

Al llegar, París estaba ocupado por los prusianos.

Por consiguiente, Trelan no pudo ver al depositario de su fortuna.

El robo de Blunner estaba probado.

Las letras importarían próximamente cincuenta á sesenta mil francos.

El cadáver del bretón habia guardado fielmente la fortuna de su hija.

Cuando la señorita de Fonterose, después de cumplida su heroica empresa, volvió al castillo, empezaba á amanecer.

Iba exánime de fatiga y aterida de frío.

—Hemos salvado el honor de esas pobres gentes,

dijo á Juan y á Binic. Dormid tranquilos. Los buenos no tienen nada que temer.

Y dándoles la mano, tomó el camino de su habitación, donde se encerró.

No pudo conciliar el sueño.

Todas sus ilusiones se habian desvanecido.

Podría no abandonar á los Kerendal; podría sostenerlos, protegerlos, enriquecerlos, pero después de las revelaciones de Corentin, no podía unirse á ellos.

Equivaldría á aceptar una parte de su oprobio, á hacerse cómplice de sus crímenes.

Al entrar el primer rayo de sol en su cuarto, llamó á su doncella, que dormía en otro inmediato.

—Susana, la dijo, tengo calentura. Dadme algo que beber.

Al ir á colocar en su sitio el vestido y el abrigo de Nicolasa, Susana advirtió que estaban mojados.

—¿Habéis salido, señorita? la preguntó.

—Sí, un instante.

—Habréis cogido frío.

—Tal vez.

Susana hacia más de veinte años que servía en el castillo y trataba á Nicolasa como si todavía fuera una niña.

Encendió la chimenea y se puso á hacer una taza de té; mientras la hacía, Nicolasa consiguió entrar en calor y se durmió.

## VII.

**El señor de Buxieres.**

En aquel tiempo era procurador de Vannes un magistrado que, por la rigidez de su carácter, era el terror de los criminales.

Se llamaba Amable Ludovico de Buxieres.

Pertenecía á una familia distinguida y estaba soltero.

Si bien era generalmente apreciado, todo el mundo le temía, porque, en el desempeño de sus funciones, no conocía á nadie.

Vivía en una casa aislada, y no tenía á su servicio más que una mujer de edad, que era á la vez doncella y cocinera, y un muchacho que había llevado de París y que le acompañaba á todas partes.

Pero nadie le temía tanto como el señor Auvertin, juez de instrucción.

—Estaba acabando de comer el señor de Buxieres en una habitación próxima á su despacho, cuando sintió ruido de caballos que se paraban delante de su puerta.

Eran los gendarmes, que le llevaban las primeras diligencias practicadas por el juez de paz de Elven en colaboración con el Sr. Lesguidou.

A aquella hora volvía Nicolasa al castillo, después de su conferencia con Corentin en la Piedra de las Hadas.

El señor de Buxieres llamó.

—¡José!

José, que era el criado de quien antes hemos hablado, y que tendría unos diez y seis años, se cuadró ante su amo á la usanza militar.

—¿Qué ruido es ese? ¿Han llegado á Elven todos los mariscales de Francia? Algo extraordinario debe ocurrir.

—Sí, señor, contestó el muchacho.

En esto se oyó la campanilla de la verja que cerraba el jardín de la casa.

—¿Qué haces ahí? ¿No has oído que llaman? Vé á abrir.

El muchacho obedeció, y condujo á la presencia del señor de Buxieres á los dos gendarmes que le entregaron el pliego de que eran portadores.

—¿Cómo está el señor juez de Elven? Me han dicho que padece del estómago. ¿Digiere ya mejor? ¿Y su mujer y sus hijos?

Mientras hacia estas preguntas, abría el pliego y empezaba á leerle.

—Ya le ha caído que hacer al señor Auvertin, dijo después de leer las diligencias del juez de Elven, ¡José! vé á buscar al señor Auvertin.

El criado desapareció con la velocidad de una centella.

—El asunto, siguió diciendo el señor de Buxieres, no puede estar más embrollado. En fin, el señor Auvertin lo pondrá en claro. ¿Estábais presentes vosotros?

—Sí, señor, aunque precisamente... presentes...

—Ya sé lo que quereis decir. Estábais en el departamento. Pero no estábais en Elven y en la posada del *Condestable*. De manera que no asististeis á la escena de la loca.

—No, señor procurador.

—Pero si vosotros no estábais allí, estaban otros, y por lo visto, entre los testigos había personas de calidad. Un conde... un general... ¿Conocéis á los Kerandal?

—Sí, y no, señor procurador.

—¿Qué clase de gente son?

—Mala gente, pero en el país están muy queridos.

El criado del señor de Buxieres anunció al señor Auvertin, juez de instrucción.

El procurador le dió la mano, é hizo que se sentara á su lado.

—¿Qué novedades tenemos? le preguntó el señor Auvertin.

—Un asunto misterioso.

—¿Grave?

—Muy grave.

—¿Un robo con circunstancias agravantes?

—Más que eso.

—¿Un asesinato tal vez?

—Vos lo habeis dicho, señor Auvertin.

—¿Hay un cadáver?

—Y no como otro cualquiera.

—¡Se trata de un personaje! exclamó con espanto el juez de instrucción.

—De un personaje precisamente, no.

El señor Auvertin respiró.

—¿Y dónde está?

—No se sabe todavía.

—Entonces...

—Hay que buscarle.

El juez miró con desconfianza al procurador creyendo que se trataba de una broma.

—Se trata de un hombre que fué asesinado hace diez años, dijo el señor de Buxieres.

El señor Auvertin se sonrió.

Se le había ocurrido un medio de librarse de aquel asunto.

—En ese caso, la prescripción ..

—El crimen se consumó en Octubre de 18 ..

—Y estamos en Octubre de 1880.

—Es decir, estamos en el límite. Es preciso proceder con gran actividad. No se puede perder un momento. Leed.

—Tenéis razón, dijo el señor Auvertin después de leer el pliego del juez de Elven. El crimen es terrible. Asesinato y robo con circunstancias agravantes. Parientes la víctima y el asesino. Y luego los Kerandal están enlazados á las familias más nobles del país.

—¿Qué decidís? ¡Pareceis muy preocupado!

—En efecto, lo estoy.

—Tendremos que trasladarnos al lugar del suceso.

—Sin duda.

—¿Cuándo?

—Lo más pronto posible.

—¡Una idea! exclamó el señor de Buxieres.

—¡Ah! ¿Tenéis una idea? ¡Qué dichoso sois!

—Hay que mandar vigilar el estanque en que se supone que está el cadáver.

—Es verdad, dijo el señor Auvertin. Pero á mí también se me ocurre una idea. ¿El estanque en que está el cadáver pertenece á nuestro territorio!

—Señor Auvertin, el negocio no os parece bien y queréis deshaceros de él...

—¡Nunca!

—Para que carguen con el mochuelo nuestros colegas de Ploermel.

—Si fuera posible...

—Por desgracia no lo es.

El Sr. Auvertin dejó caer la cabeza sobre el pecho. Pero gracias á que el Sr. de Buxieres estaba convidado á almorzar al día siguiente en casa de una jó-

ven é interesante viuda, el asunto quedó aplazado por el momento.

Un cadáver que había esperado diez años, bien podía esperar veinticuatro ó cuarenta y ocho horas más.

### VIII.

#### Las sutilezas de la marquesa.

Nicolasa se despertó tarde.

Lo primero que hizo cuando abrió los ojos fué ver á su madre sentada al lado de su cama.

—Tienes calentura, la dijo. ¿Qué locura has hecho? Anoche saliste.

—Salí por la tarde.

—Sé que saliste anoche. Tus ropas estaban todavía mojadas y no empezó á llover hasta media noche. ¿Dónde has ido?

En estas preguntas de la marquesa había más interés que severidad.

—Es verdad, madre mía, dijo Nicolasa, á quien repugnaba la mentira. He salido anoche.

—¿Dónde has ido? volvió á preguntarla dulcemente la marquesa.

—No podré decíroslo.

—¡Desgraciada!

Una ligera sonrisa entreabrió los labios de Nicolasa.

—Podeis equivocaros, madre mía, No he salido para lo que pensais.

—Entonces, ¿para qué has salido?

—Para hacer una buena obra.

—¡Ah!

—Y no he ido sola.

—¿Te ha acompañado Susana?

—No, señora.

—¿Quién?

—Mis dos criados favoritos. Binic y Juan.

—Hoy mismo los despediré por haber salido de noche contigo, olvidando mis órdenes.

—Haced lo que gustéis, madre mía, contestó Nicolasa. Si vos los despedís, yo los tomaré á mi servicio.

—¡Sin mi consentimiento!

—¿Quereis separarme de todas las personas que me aman?

—¡Y yo!

—Pero vos, por vuestras ocupaciones, no teneis tiempo para pensar en mí.

—Tengo confianza en tí y no exijo que me reveles tus secretos. Ya eres mayor de edad y puedes vivir por tu cuenta. Pero no se trata de tu viaje nocturno.

—¿De qué se trata entonces? preguntó Nicolasa un tanto alarmada.

—¿Sabes lo que pasó ayer?

—¿Dónde?

—En Elven.

—¿Os referis al rapto de locura de María Ana?

—Sí, ha sido un rapto de locura, no se puede negar que extraña cierta gravedad para el nombre que lleva. Se habla de un crimen cometido por su esposo Pedro Kerandal, á quien, como sabes, he profesado siempre una profunda aversión. Tú por el contrario, has sido con él y con los suyos demasiado indulgente. Espero que este acontecimiento te curará de tus simpatías.

—La desgracia, más bien que odio, debe inspirar compasión, madre mía.

—No se trata de una desgracia, si no de un crimen.

Nicolasa se incorporó en la cama, y mirando fijamente á su madre, repuso:

—¿Y si nosotros fuéramos cómplices de ese crimen?

—¡Nicolasa!

—Y si nosotros hubiéramos armado la mano de ese desventurado, ¿qué diriais, madre mía?

—¡Has perdido el juicio!

—No, madre. Los Kerandal son parientes nuestros.

¿No es un deber entre parientes sostenerse unos á otros? ¿Por qué mi padre desconoció y abandonó en la miseria á los Kerandal? ¿Creeis que hubiera sucedido lo que sucede? El egoismo es también un crimen que no castigan los hombres, pero que castiga Dios. Sí, madre mía, nosotros también somos criminales.

Los ojos de Nicolasa se llenaron de lágrimas.

La marquesa, al ver llorar á su hija, se conmovió.

—No creí que llegara tu cariño á esas gentes hasta el punto de acusar á tu padre del crimen que han cometido ellos.

—Yo no acuso á nadie. Explico una fatalidad que pesa sobre ellos lo mismo que sobre nosotros.

La marquesa se acercó á Nicolasa, y bajando la voz, la dijo:

—Y si esos Kerandal, á quienes tratas con tanta benevolencia, hubiesen cometido un crimen mayor que ese, llevados de su avaricia y de su sed de venganza, y si yo tuviese las pruebas de ese crimen, ¿qué dirías?

Y dando á Nicolasa un rollo de papeles, añadió.

—Mira.

Aquellos papeles eran los que el capitán Estrelles había recibido de París.

Nicolasa los rechazó.

—Es inútil que los vea, dijo. Conozco esa historia.

—¿Y no ha modificado tus ideas?

—No, señora.

—No te comprendo, Nicolasa.

—Ni yo á vos, madre mía. Con vuestra persistente aversión, el odio entre las dos ramas de nuestra familia será eterno, y los atentados sucederán á los atentados. Después de mi padre, seguireis vos: luego yo, más tarde mis hijos. La historia de las casas antiguas está llena de estos ejemplos. ¿En qué familia noble no han representado un papel importante el

veneno ó el hierro? ¡De cuántos terribles dramas no habrán sido testigos los muros de este castillo! Seamos misericordiosos. La religión lo ordena. Tened compasión de esa pobre jóven, reducida á la suerte de una miserable criada por no tener un dote que la permita casarse con un Ambares. Admirad á Ibo, que, para sostener á su familia, trabaja sin descanso la tierra como el último gañan de una casa de labor. Y sin embargo, es un Kerandal. ¡El baron de Kerandal! ¡El primer título de Bretaña! ¡Cuántas desgracias hemos podido evitar!

Un golpe de tos no la dejó seguir.

—El frío que has cogido esta noche, dijo la marquesa.

—Es verdad, contestó Nicolasa. Pero no será nada. La marquesa cogió entre sus manos las de Nicolasa.

—¡Haré lo que tu quieras! exclamó.

—¡Madre mía!

—Sí, tienes razon. Hay cosas que son justas. Pero ya hablaremos de esto. ¿Estás contenta? Ahora tenemos que ocuparnos en otra cosa.

—¿De mi boda con el Sr. de Ambares? preguntó Nicolasa con cierta amargura.

—Sí, le contestó la marquesa bajando la cabeza.

• Nicolasa dejó caer la suya sobre la almohada y dijo á su madre:

—Os escucho, madre mía.

30564

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

La marquesa de Fonterosé explicó á su hija con un arte consumado, buscando las palabras que pudieran herirla menos, la necesidad en que se hallaba de tomar una determinación, aceptando ó rehusando las proposiciones de Roger.

Aquella situación no podía eternizarse.

Por otra parte, sus frecuentes paseos á Penhoet eran objeto de toda clase de comentarios.

La habian visto hablar con Corentin el bello mosquetero, como le llamaba el general diferentes veces, y esto podia dar lugar á interpretaciones desagradables.

La opinión mejor cimentada se pierde en una hora.

Un diplomático hubiera tenido mucho que aprender en la delicadeza con que desarrolló este asunto la marquesa.

—No sé cuáles pueden ser tus proyectos, pero tengo confianza en la rectitud de tus principios. Después de lo sucedido en Elven, una nueva barrera se levanta entre nosotros y los Kerandal. Ha sido un aviso de la Providencia.

—Francamente, madre mía, contestó Nicolasa á la marquesa, si la Providencia—supongo que del señor obispo—ha funcionado en favor de vuestros intereses en lo sucedido en Elven, no me parece que ha sido justa. No ha hecho más que pagaros los favores que os debe.

La marquesa no contestó á este terrible ataque á sus preocupaciones, prosiguiendo su discurso:

—He meditado mucho sobre tu porvenir, objeto de todos mis desvelos, y estoy segura de que nuestro pariente Roger de Ambares tiene excelentes cualidades para hacerte dichosa. Siempre queda algo de la educación que se recibe, y Roger ha sido educado cristianamente. He pedido informes á Paris acerca del género de vida que hace. Lo sé todo. Como joven, ama los placeres, y se deja arrastrar por la corriente del mundo. Su fortuna tiene algunas brechas que reparar, pero en dos ó tres años se podrá nivelar su presupuesto con los sobrantes de las rentas de Santa Gilda. Para asegurar tu fortuna, nuestro notario tomará las precauciones debidas. El régimen dotal te pondrá á cubierto de todas las eventualidades.

—Ahora sólo falta una cosa, madre mía, repuso Nicolasa. Así como tratáis de garantizar mi fortuna, ¿podréis garantizar mi felicidad?

—No hay felicidad completa en este mundo, hija mía, dijo sentenciosamente la marquesa.

—Al menos una felicidad relativa, una felicidad como la que disfruto á vuestro lado. ¿Podré ir donde quiera, hacer lo que quiera, visitar á los pobres, socorrerlos?

—Roger es demasiado galante para oponerse á tan legítimos deseos.

—¿Podré residir en donde quiera, en Paris ó en



Santa Gilda y elegir yo misma los criados que han de servirme?

—Sin duda. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tengo miedo del porvenir, exclamó Nicolasa, dejándose llevar por la emoción y estrechando entre las suyas las manos de su madre. Me espanta la idea del matrimonio. Los impulsos de mi corazón me alejan del marido que me destináis. Por agradaros quisiera amar á Ambares y no puedo. No, no puedo.

—La felicidad consiste en el cumplimiento de los deberes. Cuando yo me casé con tu padre tampoco le amaba. Sin embargo, he sido dichosa á su lado. Los grandes amores no existen más que en las novelas y en la imaginación de las jóvenes, y por regla general, más bien que de ventura, son origen de catástrofes. Nicolasa, hija mía, créeme. Si tu corazón es libre, no vaciles. Yo conozco á Roger. Su amor es sincero.

Y dándole un beso en la frente, añadió:

—Tu corazón es libre, ¿no es verdad?

—Sí, la contestó Nicolasa. Sin embargo, no os lo ocultaré. Había acariciado una ilusión. Esperaba poder unir á dos familias enemigas. Esperaba poder devolver su antiguo brillo al nombre de los Kerandal, el más ilustre de Bretaña. Y había puesto los ojos, ¿por qué he de negároslo? en Corentín. Pero, ¡no temais nada! Las revelaciones de María Ana me

han detenido en mitad del camino. ¡Todo ha concluido entre nosotros! ¡No puedo amarles! ¡No puedo hacer más que enriquecerlos! ¿Me lo permitiréis, madre mía?

—Sin duda. Además, eres libre y no necesitas mi consentimiento para nada.

—Sí, todavía soy libre. Será el último acto de la libertad que voy á sacrificar por vos.

Una sonrisa de triunfo plegó los labios de la marquesa.

No obstante, repuso con unción evangélica:

—Yo no te exijo nada, hija mía. Cumplo con mis deberes de madre. Tú eres la llamada á elegir lo que más te convenga. ¡Lejos de mí toda intención de contrariarte!

—No lo negueis. Vcs queréis que me case con Roger.

—Confieso que es un hombre que me agrada, pero esta no es una razón para que te agrade á tí. Tu voluntad es juez árbitro en este asunto.

Nicolasa se cubrió la cara con las manos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Su amiga Berta la habia aconsejado lo mismo que su madre.

—¿Tendría ella razón contra todos?

La sombra de Corentín aparecia ante sus ojos, como los espectros de Francesca y Paolo en la sublime imágen dantesca.

La marquesa adivinó las terribles angustias de su hija.

—Roger ha podido desistir de sus pretensiones en presencia de la deshonra que, al caer sobre una parte de nuestra familia cae sobre nosotros. Sin embargo, mantiene su palabra. Por eso te hablo de este asunto. Decide de tu suerte. ¿Qué debo contestarle?

—Decidle que seré su mujer, contestó Nicolasa sollozando.

## XI.

**Correspondencia**

La señorita de Fonterose no almorzó aquel día con su madre y los huéspedes del castillo.

Después del sacrificio que había hecho, necesitaba estar sola.

Cuando la puerta de su cuarto se cerró detrás de la marquesa de Fonterose, permaneció inmóvil en el lecho, como si hubiera sido víctima de un accidente de catalepsia.

Bien diferentes eran los sentimientos que agitaban á los huéspedes de la marquesa, reunidos en el comedor del castillo.

El general estaba vencido, completamente vencido, por los encantos de la señora Simonet.

Decididamente la entregaría el gobierno de su casa.

Máximo y la vizcondesa habían acabado también por entenderse.

No era imposible que en un plazo más corto ó más largo cambiase la vizcondesa su título por el de condesa.

Los Fontrailles se habían reconciliado.

La vida del campo hace milagros.

Solo el capitán Estrelles estaba de mal humor, y por más esfuerzos que hacía, no podía ocultarlo.

—¿En qué pensáis? le preguntó el general. Vuestra cara me recuerda la de Ótelo.

El capitán meditaba su desquite, y no sabía cómo obtenerlo.

Hubiera querido tener á Santa encerrada entre cuatro paredes, para hacerla expiar la humillación que le había impuesto su hermano.

El capitán tenía la hiel en el corazón.

No se perdonaba ni se perdonaría nunca que Santa se hubiera salvado de su amor.

Roger, en cambio, estaba radiante de alegría.

La marquesa le había participado oficialmente el consentimiento de su hija.

La fortuna volvía á sonreírle.

Y á su luz se desvanecían todas sus preocupaciones.

¿Qué le importaba Juana? ¿Qué le importaba Nico-